

An aerial photograph of a dense forest, showing a mix of green and brownish-yellow foliage. The trees are densely packed, and the overall scene is a lush, natural landscape. A central text box is overlaid on the image.

**UN PUEBLO  
QUE CANTA**

# UN PUEBLO QUE CANTA

POR JAVIER ORTIZ CASSIANI

“Un pueblo que canta es un pueblo que está vivo”

Leyner Palacios

El río Atrato parece un animal tranquilo mientras una voz serena y fuerte suena por los pueblos de Bojayá a través del programa de Cocomacia y Bojayá Estéreo: “Un saludo especial a todos los oyentes. Estamos aquí en este programa de radio, ese Atrato que construye su memoria en el día a día... les saluda José de la Cruz Valencia”.

Cocomacia es el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato que representa 124 consejos comunitarios. Se trata de una poderosa estrategia organizativa en medio de la marginación y la guerra. Defienden sus territorios ancestrales y se levantan como una voz que se pronuncia ante las históricas violencias y el abandono estatal.

“Tenemos diferentes invitados en este espacio en donde cada una de las comunidades lo que hace es aportarle a la construcción de la memoria y a esa memoria la estamos invitando hoy a la radio”, dice ahora el conductor y pasa el micrófono a los representantes de las comunidades de La Boba, Veracruz, Buchadó, Bellavista, Puerto Conto y Pogue.

Por todo Bojayá se escuchan las voces de su gente a través de la emisora comunitaria. Hablan de memoria, de tradiciones; quieren ser recordados, que los jóvenes sepan de dónde vienen, que sepan los secretos de sus ancestros. Anuncian a Las Musas de Pogue, cantadoras de alabaos, como si fuesen unas antorchas que se encienden en medio de la oscuridad.

Bojayá es un municipio chococoano que el resto del país desconoció hasta que se supo de la masacre que lleva su nombre. La geografía rural de Colombia apenas se dibuja en un croquis de sangre: la topografía de la guerra. Es un territorio de la cuenca media del río Atrato compartido por 32 comunidades indígenas y 19 consejos comunitarios de pobladores afrodescendientes.

“Muy buenas tardes –continúa la transmisión de Bojayá Estéreo-, mi nombre es Rosa Mosquera, vengo de la cabecera municipal Bellavista, aporito a la memoria de nuestros municipios, invito a Las Musas de Pogue para que sigan animadas, sigan adelante con el proceso que llevan, no lo dejen estancado, necesitamos construir la memoria, necesitamos enseñar a los chicos, a los niños, a los jóvenes, qué teníamos antes para que podamos con ellos hacer mejor la memoria”.

Para llegar a Bellavista – de donde es Rosa – se toma una avioneta tan pequeña y frágil que parece el trabajo manual de un escolar. Mientras reposa en la pista, uno no ve la hora en que aparezca un niño recién bañado con uniforme de colegio, le amarre un hilo en uno de los extremos y empiece a correr para volarla como una cometa. Pero no, quien aparece es un piloto con vocación de conductor de taxis que intenta tranquilizar a los pasajeros nerviosos con comentarios cotidianos. Entonces la avioneta parte, muy temprano, desde el aeropuerto Olaya Herrera en la ciudad de Medellín, y sobrevuela verdes valles y selvas espesas. Cuando el paisaje cambia de valles a selva, anuncia la llegada a Vigía del Fuerte, límites entre Antioquia y el Chocó.

Después de una hora de vuelo, la precaria aeronave de 5 pasajeros aterriza en una estrecha pista sin pavimento que, dibujada por charcos, más parece un camino de herradura. Una pequeña embarcación con motor sale de Vigía y cruza el Atrato. El murmullo de la lluvia parece conversar con el murmullo del río. En menos de 10 minutos se divisa Bellavista. Primero se ve el asentamiento viejo, el de siempre, el que fue epicentro de la tragedia. Un kilómetro más adelante está Bellavista, la nueva, el lugar donde fue reubicado el pueblo en 2007.

El 20 de mayo de 2002, 18 días después de la masacre de Bojayá, una misión de observación de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas publicó un informe que decía: “De acuerdo a la información obtenida, el 21 de abril de 2002, un número no inferior a 7 embarcaciones que transportaban un total aproximado de 250 paramilitares arribó a Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, y Vigía del Fuerte, provenientes de Turbo”. El mismo informe explicó que para realizar ese recorrido las embarcaciones pasaron por un puesto de control de la Marina, uno de la Policía Nacional y otro del Ejército. Los paramilitares no encontraron ningún obstáculo para su entrada a la zona del medio y alto Atrato controlada por los frentes 5, 34 y 57 de las FARC.

Los habitantes de Bellavista estaban, por falta de alternativas, tan resignados a la guerra que para salvaguardar sus vidas hicieron un reglamento en el que la comunidad le exigía a los grupos armados ubicarse por fuera de los cascos urbanos y de los sectores rurales. Hacía varios años que el documento se presentaba tanto a guerrillas como a paramilitares. Por eso también se lo presentaron al comandante paramilitar alias Camilo, quien dirigía la operación, pero hizo caso omiso y les aseguró que su objetivo era limpiar el Atrato como lo habían hecho con el Urabá.

Era una crónica de muerte anunciada. Ningún reclamo de auxilio se escuchó. Tampoco se escucharon las alertas de la Defensoría del Pueblo ni las avionetas de comandantes paramilitares que aterrizaron en Vigía del Fuerte; tampoco se oyó a la guerrilla alistándose para el combate, nada, mucho menos el terror de los pobladores de Bojayá y Vigía del Fuerte.

El 1 de mayo iniciaron los enfrentamientos entre los paramilitares y las FARC en Vigía del Fuerte y al día siguiente se retomaron en Bellavista. La comunidad buscó refugio en la iglesia, en la casa cural y en la casa de las Agustinas Misioneras. Era un grupo grande, muchas personas juntas, en pánico, rogando por sus vidas, creyendo que a la casa de Dios el mal no entraría, pero el mal entró. La “mala muerte” aconteció

A unos 400 metros de allí, el frente José María Córdoba de las FARC instaló un lanzador de pipetas. Los paramilitares intentaban ocultarse en el centro del pueblo, cubriéndose detrás de los muros de la escuela y la iglesia. De las cuatro pipetas lanzadas por las FARC, una primera explotó en una casa. La segunda y cuarta cayeron sin detonar. La tercera pipeta trajo la desgracia más grande: impactó contra el altar de la iglesia y estalló.

Coros de llantos y gritos lastimeros. Al menos 79 muertos, muchos de ellos niños. Varias decenas de heridos. Los que pudieron corrieron hacia el monte; los indígenas se resguardaron en la cabecera del río Bojayá. Otros no pudieron más que improvisar banderas con remiendos de ropa blanca y pasar en medio del fuego cruzado hasta la orilla del río para huir hasta Vigía del Fuerte. Unos cuantos heridos se quedaron en la iglesia y con ellos Minelia, quien se los arrebató a la muerte a punta de agua con sal.

Después del día de la masacre vino más confusión y desesperanza. “Cuando yo entré a la iglesia, y vi la gente destrozada, se me apretó el corazón, mientras mis ojos lloraban”, cuenta un regado por todas partes que los mismos habitantes de este pueblo cantor tuvieron que enterrar en una fosa común a riesgo de caer adentro, también muertos, porque los enfrentamientos no se detenían. El desplazamiento masivo de Bellavista. Los heridos. La llegada de los militares. Los paramilitares vestidos de civil con las ropas de los habitantes de Bellavista. La gente los vio y comentó: “allí está mi suéter, esa es mi camisa, aquel tiene mi pantalón”.

La masacre en la iglesia le hizo saber al mundo que ya allí estaban matando a los pobladores de Bellavista. Hay quienes asocian incluso su río, el Atrato, uno de los ejes sobre los que se fundamenta la vida de quienes habitan sus orillas, con una gran fosa común. En la capilla de la memoria de las víctimas civiles del conflicto armado ubicada en el Convento de Quibdó, se exponen al menos 900 casos de asesinatos y desapariciones resultado de 40 años de conflicto en

el alto y medio Atrato, según lo señala la Comisión Vida, Justicia y Paz de la Diócesis de Quibdó. Cada 2 de mayo, se unen desde este lugar familiares, religiosos y misioneras para recordar a las víctimas de todo el departamento del Chocó.

En la zona de Bojayá han hecho presencia religiosos y misioneras durante años, quienes han establecido una relación de confianza con las comunidades. Su presencia ha aligerado el peso de la guerra. Por eso en los enfrentamientos del 2 de mayo de 2002 los bellavistenses corrieron hacia la iglesia, porque pensaron que la casa de Dios era su refugio.

Uno de los hechos más dolorosos para los pobladores de Bojayá – y que aseguran no poder olvidar – ocurrió el 18 de noviembre de 1999: mataron a Jorge Luis Mazo, el párroco de Bellavista. Cuentan que iba en una embarcación que fue embestida deliberadamente por una lancha de fibra de vidrio tripulada por paramilitares. Poco tiempo después encontraron su cuerpo y el del misionero español Iñigo Egiluz en las aguas del Atrato.

En medio de la guerra, el río cobra una imagen de improvisado cementerio que se traga a la gente. Pocas veces se encuentran los cuerpos que desaparecen deteriorados entre las corrientes. Hay quienes piensan que al Atrato fueron lanzadas más de mil personas por causa de la violencia. “Fue muy traumático para nosotros los que vivíamos a orillas del Atrato, la situación de miedo, de zozobra, cada vez que veíamos una panga de los paramilitares... sí, porque había una que se llamaba Rumbo al cielo y cada vez que montaban a alguien en esa panga ya uno sabía que no lo volvía a ver”, dice Delis Palacios, líderesa de Bojayá. Sus orillas de tierras arcillosas y su vegetación podrían ser el paisaje de la belleza indomable de estas tierras, sin embargo, como una pérfida paradoja, detrás de la perfección de su naturaleza ha habitado por años un monstruo que se roba vidas.

“Nos representa muchas finanzas el tema de las maderas, el tema del transporte, el tema del comercio como tal, formal e informal en la región ganadera, palmera y bananera” aseguró – 4 años después de la masacre – Fredy Rendón, quien fue comandante del bloque Elmer Cárdenas de las Autodefensas que tuvo control en el norte del Urabá antioqueño, en el medio y bajo Atrato chococoano y en el occidente de Antioquia, territorios que también tenían activa presencia de las FARC. La minería, intereses en la siembra de palma aceitera, maderables, el narcotráfico y la salida hacia el mar Caribe fueron la justificación para que paramilitares y guerrilleros pretendieran el control del territorio.

Con los desplazamientos y el impacto terrorífico de los grupos armados se fragmentaron comunidades y con ellas muchas de sus maneras de vivir todos los días. Se fijaron toques de queda en la navegación de los ríos que empezaban a las 6 de la mañana y terminaban a las 6 de la tarde, y se alteraron tradiciones de caza y de pesca. La vida cotidiana de los atrateños era gobernada por las dinámicas del conflicto armado.

La resistencia de las comunidades, sin embargo, se construyó a partir de su misma identidad, de procesos que ellos consideran parte de sus tradiciones. Quizá esta ha sido la fórmula que les ha permitido mantenerse en pie pese a la devastación de la violencia y la marginación. Al olvido estatal, la gente de Bojayá ha respondido con la memoria. Una memoria que está hecha de cantos.

Las Musas de Pogue, anunciadas en el programa de Bojayá Estéreo, son cantadoras de alabaos que recuerdan aquellos días de “mala muerte” y lo que vino después. Los alabaos son cantos fúnebres que estremecen el cuerpo con la más profunda tristeza. Datan del siglo XVII y hacen parte del sincretismo religioso entre la presencia católica y la magia de los pueblos negros de la selva chococoana.

Una vez en Bellavista, para llegar a Pogue hay que emprender nuevamente la travesía por el río. Después de otro pequeño tramo en el Atrato, hay un desvío hacia el río Bojayá. En el recorrido se confirma la fuerte comunión que tienen los pueblos de agua con sus ríos. Saben que con el agua no se lucha, saben jugar con sus rápidos, con sus lentitudes, sus afanes. Es como si el bote se hiciera agua también, no pelea con el cauce. La gente se hace río, el río hace a la gente.

Desde la embarcación se establece una conversación con las personas que están en la orilla, con las casas que se van encontrando a su paso. Se mandan mensajes, preguntan por gente, “está más arriba”, contestan, y más arriba vuelven a saludar. Recogen a una niña que hacen el favor de llevar a una casita más adelante. La ayudan a subirse y a bajarse entre todos, es como si la niña le perteneciera al río, como si fuera familia de todos. Pasa de brazos en brazos, navega un tramo, y luego la bajan en su destino.

Subiendo por el Bojayá la vegetación se hace más espesa y el río se va estrechando. Otro pequeño desvío por el río Pogue y allí está el pueblo que lleva su nombre, el pueblo de donde son las Musas. Es una pequeña comunidad negra que custodia con recelo sus costumbres ancestrales, mientras se baña en los ríos y camina sus calles estrechas y quebradas. Son pequeñas casas de madera construidas con esmero, con árboles acerrados en luna buena, con cocinas de ollas resplandecientes colgadas en las paredes: una minuciosa pulcritud en sus enseres, un pequeño atisbo, apenas, de su orgullo negro.

Los alabaos, explica Leyner Palacios, del Comité por los derechos de las víctimas de Bojayá, “se utilizaban en nuestra región para expresar el dolor en el momento en que se moría alguien y solidarizarse con la víctima. Cuando la gente moría, las cantadoras iban y eso tenía un tipo de letra”. Asegura que en medio de la guerra, la gente se dio cuenta que debía cantar porque era lo único que le permitían: “Entonces la gente cantaba el alabao, pero ya la letra fue cambiando para denunciar cosas que estaban viviendo”. Adaptaron sus tradicionales alabaos para denunciar, hacer memoria y tramitar los duelos necesarios por las formas violentas de la muerte.

Uno de los alabaos dice: “Ay díganles a los de la prensa, que no borren la memoria”. Según Leyner, refleja la indignación que sintieron cuando los medios de comunicación grabaron al General Montoya, justo después de la masacre, con un pequeño zapato en la mano, diciendo: “Este zapaticito muestra un niño y así como este fueron asesinados 44 niños y el resto fueron las mamás que estaban con los niños refugiados aquí en la Iglesia”. La pretensión de construir una memoria de dolor que no les pertenece crea un malestar en los habitantes de Bojayá. “Hizo un montaje y eso son los medios de comunicación lo grabaron y pasaron a todos los colombianos, que el General Montoya lloró. Imagínese qué indignación para nosotros. ¿Ustedes creen que con el río inundado...? Yo tengo zapatos hoy porque estoy en Bogotá, pero cuando estuve allá en terreno no los tengo, yo estoy grande, ahora esos niñitos pequeños, ¿quién iba a traer zapatos? Yo saqué a mi hija de dos años corriendo de la casa, nosotros nunca llevamos zapatos ¿Usted cree que en una balacera va a ponerle zapatos al hijo? Antes, por el contrario, ellos sin zapatos corren mejor”, cuenta Leyner.

Según él, las mujeres de Pogue interpretan lo que pasó en esa situación echando mano de uno de los tesoros que ni el tiempo ni la guerra les ha podido arrebatar: sus cantos. Estos se levantan como una forma de narrar, de pronunciarse, de alzar la voz que la guerra pretendió apagar; recorren el río Atrato y se propagan como ecos de un mismo sentir. Son cantos que se vuelven uno con los vallenatos de Domingo Chala, los secretos de los médicos tradicionales, el poder de los Jaibanás. Son cantos y saberes para que las ánimas dejen de presentarse en los sueños de los

familiares pidiendo agua y pan. Mientras eso sucede, se seguirá cantando, rezando, curando y armonizando a los espíritus.

La memoria de Bojayá está hecha además de sus fiestas y santos patronos. También del Cristo crucificado que estaba en el altar y recibió el impacto de la onda explosiva. Quedó amputado como quedaron algunas de las personas que buscaban refugio en la iglesia. “El Cristo lo que hizo fue atrapar cantidad de balas que le tiraron a la población y lo que hizo con su imagen fue cogerlas para que no dañaran las vidas de otras personas que quizá sobrevivimos a esa masacre”, explica Leyner. Para él, como para muchos de los sobrevivientes, el Cristo de Bojayá fue testigo fiel de lo que vivieron y por eso deciden conservarlo como quedó, por eso se resisten a reconstruirlo, porque guarda la memoria de sus cicatrices, de los dolores que se propagan por el cuerpo cuando cae la noche, de sus sueños de esperanza y reconciliación. “Nos ven caminando, pero así destrozados [como el Cristo] estamos”, dice.

Las Musas de Pogue también le han cantado al Cristo de Bojayá: “Santo Cristo mutilado, desde tu inmenso dolor, te sentimos nuestro hermano, y te damos nuestro amor”. Los cantos de alabaos son una manera de responder a los vacíos que quedaron después de una masacre que dejó cuerpos regados dentro de la iglesia, cuerpos que tuvieron que abandonar mutilados y dispersos por todas partes porque la guerra no les permitió darles el trato que merecían de acuerdo a sus creencias: los adultos y mayores no fueron acompañados con la tonada de los alabaos y sus responsos; los niños, considerados ángeles no fueron velados con romances y chigualos.

La capacidad organizativa de los pobladores del Medio Atrato les ha facilitado encontrar caminos de resistencia y de construcción de su memoria histórica. La defensa territorial de las recientes organizaciones sociales parte de una resistencia histórica. La lucha contra la expropiación, expulsión y esclavización mantiene vigente una memoria desde el siglo XVI. Pese a que la OREWA, Organización Regional Embera Wounnan, primera asociación indígena del territorio que asumió la defensa de la autonomía, fue creada en los años ochenta, los indígenas de Bojayá no perciben sus procesos de resistencia desde la violencia moderna de los últimos 50 años, sino desde la larga duración, es decir, desde los procesos de la conquista y la colonia española. Son dolores y luchas ancestrales.

Cocomacia, que es una organización afro, tiene sus inicios en la década de los ochenta como parte del proceso de defensa de los pueblos del Atrato que ha liderado la Diócesis de Quibdó. La presencia de las organizaciones eclesiales, sumadas a estos procesos organizativos, ha fortalecido expresiones tradicionales de resistencia y de memoria como las mujeres cantadoras de alabaos de Pogue, las fiestas patronales de los santos de devoción de cada caserío, y las formas más recientes de composición y canto de jóvenes como el grupo Zafate, Etnia Company, entre otros.

“Así como las expresiones oral, cantada, y corporal documentan la destrucción, la muerte y el miedo que generan el conflicto armado, también expresan los procesos organizativos de solidaridad y apoyo mutuo”, explica el Grupo de Memoria Histórica en el informe “Bojayá, la guerra sin límites”.

La masacre no permitió enterrar a sus muertos, así que en un proceso de construcción de memoria varios líderes buscaron respuestas en conversaciones con los mayores, las cantadoras, los rezanderos, las parteras. Según cuentan, les dijeron: “en un proceso de definición del santuario de Bojayá, nunca vayan a tocar el piso”, porque después de todas esas muertes, de llevar los cuerpos mutilados a una fosa, de exhumarlos y llevarlos a otro lugar, “las ánimas habían quedado allí donde se había desangrado la gente, entonces que por eso el piso no se podía tocar, entonces ese piso es sagrado”. El viejo Bellavista y la iglesia, para los bojayaseños, adquiere el sentido de santuario. Hoy, palpa además la propuesta de construir un sendero ecológico de la memoria que restablezca y fortalezca la conexión entre este espacio y la vida que transcurre a un kilómetro de distancia en Bellavista, la nueva, la que se construyó años luego de la masacre como respuesta gubernamental de reparación.

“Un pueblo que canta es un pueblo que está vivo, un pueblo que se atreve a decir tantas cosas en un alabao, denunciar tanta problemática, es un pueblo que reclama verdad, justicia y reparación, es un pueblo que quiere la paz”, dice Leyner con convicción. Ser delegado de las víctimas en las mesas de diálogo con las FARC le han permitido tener una perspectiva más amplia del papel de los pueblos del Atrato en ese escenario.

“Nosotros también hemos llorado con respeto y honradez por la muerte inocente de quienes esperaban misericordia, por los hombres y mujeres, ancianos y ancianas, niños y niñas. Hace 13 años que pesa en nuestros hombros el dolor desgarrador que les afecta a todas y todos ustedes. Hemos reconocido el hecho y reafirmamos un hondo pesar por el resultado nunca buscado ni querido. Sabemos que estas palabras, como lo hemos manifestado en varias ocasiones, no reparan lo irreparable ni devuelven a ninguna de las personas que perecieron ni tampoco borra el sufrimiento causado, sufrimiento que se refleja en el rostro de todas y todos ustedes por quienes, ojalá algún día, seamos perdonados”, dijo Pastor Alape – miembro del secretariado de las FARC y uno de los negociadores con el gobierno colombiano – en el acto de reconocimiento de responsabilidad y solicitud de perdón de cara a las víctimas de Bojayá el 6 de diciembre de 2015. Fue un hecho que evidenció los avances de un inédito camino hacia la implementación de los acuerdos que intentan poner fin al conflicto armado con las FARC.

De este episodio existe una profunda descripción hecha por la periodista María Jimena Duzán, en un texto publicado por la revista Semana que se titula “Aprender de Bojayá”, en el que dice: “La obra de teatro con que comenzó el acto fue el primer golpe que recibió el comandante de las Farc. Los actores, oriundos de Bojayá, recordaron cómo fue la masacre: quedó claro que además de las Farc, la comunidad responsabiliza a los paramilitares y al Estado. Lo recordaron a Alape los nombres de los niños que murieron asfixiados y de las madres embarazadas que perecieron. Alape tuvo que sentir cada nombre como una astilla. Luego vinieron los alabaos, y la cantaora, dueña de una voz ronca muy singular, fue capaz de decirle en su cara que ellos no querían que los siguieran matando ni destruyendo, y que ese horror no se podía volver a repetir. Pastor debió sentir la fuerza de esos cantos porque le hicieron sacar lágrimas a muchas de las víctimas que estaban siendo testigos de un acto sin precedentes”.

Las Musas cantaron esa vez como lo hicieron meses después en la Ceremonia de la firma del Acuerdo de Paz en Cartagena. Seguirán cantando en compañía de rezanderos, médicos tradicionales, parteras y Jaibanás para darles descanso a las ánimas y cerrar los duelos que tras tantos años persisten. Al canto de las Musas de Pogue se unen cantos de todos los afluentes del Atrato. Se canta con dignidad. Se canta por aquellas veces que la violencia les ha negado el derecho a sus rituales, a la salud, a la educación. Se canta para conmemorar las vidas perdidas en la masacre, para recordar todas las víctimas que la guerra se llevó año tras año y las que se sigue llevando en todo el Chocó. En el Medio Atrato, con el río besando la selva, se escucha el susurro que los pueblos negros, indígenas y mestizos entonan a través de las voces de Tanguí Chirimía: “Majestuoso Atrato, tu que has soportado tanto, brindale a tus hijos valor, pa’ seguir luchando, brindale a tus hijos valor, pa’ seguir luchando”.



Rio Boya

Chana

llegando a la fosa - dolores de corazón - y los que hicieron el daño - no sienten ningún dolor - señores y esposos armados - los palomos de corazón - ay que reparan esos ánimos !!



Vigia del fuerte

ETERNA GRATITUD

Rio Atrato

Bella vista Viejo



recuerdo que el 2 de mayo - pasó un caso en Bellavista - al mundo entero cuando cuando yo entré a la iglesia y vi la gente destruida - se me abrió el corazón y me oje



Bella vista Nuevo

Tangit



Quibdo



NO AL OLVIDO



Señor y se vida al campo se lo van robado - y al no es culpable Acabado - que va pasado - de mi tierra no me quiero ir - en mi tierra no me quiero ir - en mi tierra no me quiero ir - en mi tierra no me quiero ir

Ciénaga Boya

Este documento es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso se disponga la autorización de sus autores.

ISBN: 978-958-8944-53-1

Primera edición: agosto de 2017

Segunda edición: agosto de 2020

Formato: 22 cm x 34 cm



## UN PUEBLO QUE CANTA

### Equipo local de trabajo:

#### Coordinador:

José de la Cruz Valencia

#### Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá:

Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Integral del Atrato – COCOMACIA

Cabildos indígenas de Bojayá: CAMAIBO – ACIRUP – DRUAWANDRA

Grupo de Mujeres Artesanas Guayaacán

Comité 2 de Mayo

Asociación Dos de Mayo

Asociación de Jóvenes Unidos por el Pueblo – AJUAP

Familiares de Víctimas Mortales del 2 de Mayo

Con el apoyo de: Diócesis de Quibdó; Hermanas Agustinas Misioneras;

Pastoral Social; Pastoral Afro; Comisión Vida, Justicia y Paz.

#### Coordinación editorial:

Camila Orjuela Villanueva

#### Diseño editorial:

Boga Cortés y Triana SAS | Germán Ávila - Yully Cortés

#### Estrategia de comunicación editorial:

Boga Cortés y Triana SAS | María del Pilar Londoño

#### Ilustración:

Germán Ávila

#### Corrección de estilo:

Ana Margarita Sierra Pinedo

#### Impresión:

XXXX

#### Acompañamiento Metodológico:

#### Equipo de Enfoque Diferencial Étnico-CNMH:

Patrick Morales Thomas

María del Rosario Arango Zambrano

Angélica María Medina Mendoza

Camila Orjuela Villanueva

Leidy Catherine Lara Guerrero

#### Crónicas:

Javier Ortiz Cassiani

#### Gerencia de Enfoque Diferencial OIM:

Carlos Durán

Rommel Rojas Rubio



Esta publicación fue posible gracias al apoyo del gobierno de Estados Unidos de América a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Sus contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan las opiniones de USAID, el Gobierno de Estados Unidos de América o de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Este producto se desarrolló con el apoyo técnico del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). Los contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan las opiniones del CNMH.

## SANACIONES

DIÁLOGOS DE LA MEMORIA  
REGION CARIBE 2020

Reimpresión realizada en el marco de la exposición itinerante.

Museo de  
**MEMORIA**  
de Colombia



La prosperidad  
es de todos

OPS  
Operación para  
la Prosperidad Social



Centro Nacional  
de Memoria Histórica



**USAID**  
DEL PUEBLO DE LOS ESTADOS  
UNIDOS DE AMÉRICA



International Organization for Migration (IOM)  
The UN Migration Agency